

P. ¿De qué otros modos se puede atentar contra el honor de una persona?

R. Por acciones reales que las mas veces son de una trascendencia fatal y funesta para el que las ejecuta y para el que las recibe.

Esto necesita una explicacion que será el objeto de la segunda leccion.

CAPITULO II.

HONRA.

El honor es la prenda mas valiosa.

Es el reflejo purísimo del alma que da brillo á nuestras acciones.

Cualquiera cosa que lo empañe es un aliento envenenado que da la muerte, porque el hombre deshonrado recibe ésta fisica ó moralmente, en virtud de que si puede sobrevivir á la infamia, su conciencia lo atormenta, y la sociedad lo rechaza.

No hay exageracion al decir esto, porque se han visto personas que han sucumbido al creerse deshonradas: otras que buscan la muerte con empeño en esos casos, y muchas que viven en el aislamiento, ó sufriendo el desprecio de las demas.

Pero sí hay exageracion y lamentables abusos en el modo de definir el honor: en el de comprenderlo y en el de conservarlo.

¡Cuántos fundan su honor en poseer muchas riquezas y en hacer ostentacion de ellas!

¡Cuántos, en ser muy sabios!

¡Cuántos, en ser muy valientes!

¡Cuántos, en ser ellos y los suyos, un modelo de perfeccion!

¡Cuántos, en ser muy nobles!

Es decir, equivocan el honor con el orgullo.

Una virtud con un vicio.

Un sentimiento simpático con otro repulsivo.

Las consecuencias tienen que ser diame-

tralmente opuestas, porque de un lado está el bien, del otro, el mal; y el bien y el mal son lógicos, el primero engendra bienes, el segundo males.

Si fundamos el honor en las riquezas, le damos un fundamento bastante débil, porque estas desaparecen con la mayor facilidad, y no siempre su origen es legítimo, ni se emplean en el bien de nuestros semejantes. Si lo fundamos en el valor, es necesario que este consista mas en la fortaleza del alma para resistir á las pasiones, que en la fuerza para resistir á un enemigo.

El que temerariamente desafía la muerte en una lucha personal, ó en un combate que no ha de dar otros resultados mas que la vanagloria ó la satisfaccion personal.

El que no combate por la patria, ó por una idea noble y generosa, sino solo por dar pruebas de su arrojo, de su fuerza ó su destreza, satisface al orgullo, pero no á la humanidad, que ningun fruto saca de que uno de sus miembros muera, ó haga morir á otros, por una causa estéril. Por probar que fué

mas fuerte, ó mas afortunado que aquellos con quienes luchó.

Esta clase de valor nada le importa á la sociedad, y por lo comun le cuesta lágrimas.

Si fundamos el honor en la sabiduría, es necesario demostrar en todos nuestros actos que esta los preside, porque un sabio que se entrega á los vicios: un sabio que se deja dominar por las pasiones: un sabio que no hace útil sino perniciosa su ciencia, ya empleándola para el mal, ó haciéndola estéril para el bien: un sabio, en fin, que no sabe vivir ni aplicar prácticamente los principios de aquella, podrá engalanarse alguna vez con su brillante ropaje, podrá brillar como un fuego fátuo; pero esta luz solo servirá para alumbrar el inmenso vacío de su alma y de su corazón, de donde ha huido el honor.

La nobleza de origen siempre ha sido injusta. En nuestros tiempos es ridícula é insoportable, porque en ella reside por lo comun la ignorancia, la pereza y el abandono.

La altivez y la soberbia forman su base.

El desprecio por todo lo que á ella no es igual, es su sistema.

Los hechos heroicos de los que alguna vez se sacrificaron por el bien público, desaparecen ante la indolencia y el egoismo de los que heredan sus títulos, sus bienes y la consideracion que la sociedad les dispensó, no supieron heredar sus virtudes, ni cultivarlas.

¡La perfeccion!

¿Quién es perfecto en esta vida?

¿Quién tendrá la insensatez ó el orgullo de creer que todas sus acciones son dignas de aprobacion?

En primer lugar, no es el acierto lo que mas caracteriza las acciones humanas.

En segundo, aun cuando todas fueran dirigidas por la razon y la sabiduría, no son apreciadas del mismo modo por todos los hombres, porque no es posible conocer los móviles y las circunstancias que impulsan á un individuo á obrar mas bien en un sentido que en otro. Tiene por lo mismo que ser relativo el juicio que se forme de esas

mismas acciones, aun cuando no sea mas que por la forma que se les da, y por la manera con que se desarrollan y ejecutan.

Pretender, pues, la infalibilidad y el acierto, seria orgullo y no honor.

Pretender que este se lastima por las diversas apreciaciones, es pretender un absurdo; y creer que sea un atentado contra nuestro honor, que no nos juzguen tan ricos, tan valientes, tan nobles, tan sabios y tan perfectos como nosotros nos juzgamos, es la mayor de todas las locuras.

Para calcular con exactitud las consideraciones debidas al honor, es necesario no hacer descender á este, del rango de una virtud, á un vicio, pues solo así pueden valuarse el mal que se ha recibido y el que se ha hecho.

Personas hay tan susceptibles que por una mirada, por un gesto, porque tropiece álguien casualmente con ellas, se creen ofendidas. Otras, con mas razon ven como un grave insulto la mofa y burla que de ellas se hace en su presencia, y otras, en fin, encuentran im-

perdonables y dignas solo de lavarse con sangre, ciertas ofensas que personal y directamente se les hagan, ú otros abusos que sin la intencion directa de ofender, suelen pasar en el seno de las familias.

Las costumbres sociales se imponen muchas veces con la fuerza de una ley, y son tanto mas aceptadas y respetadas, cuanto que se forman por el consentimiento casi general de la sociedad.

No es de extrañar por lo mismo, que habiéndose aceptado en muchos pueblos cultos y sociedades refinadas, el duelo, para satisfacer ciertas ofensas, subsista hasta nuestros dias y se esté generalizando en nuestra patria, no obstante la prohibicion constante de leyes antiguas y modernas; y basta que en las regiones de la alta sociedad se haya declarado, que un individuo no puede ser de buen tono, si no ha tenido por lo ménos un lance, para que la juventud se dedique con mas empeño al cultivo de las armas que al de las ciencias, y para que luego que el profesor declare que su discí-

pulo sabe algo del manejo de aquellas, este salga en busca de aventuras, de camorras, de tropezones casuales y de malas miradas.

Con esta prevencion y este furor, naturalmente cree que todo el mundo le mira mal, y á diez pasos halla con quien batirse.

Por fortuna estos duelos concluyen alegremente ante unas botellas de vino del Rhin ó de Champagne, y la única lesion que dejan suponer, se esconde tras de una hermosa cinta ó de un fino pañuelo.

Peró hay otros que son mas formales y que llevan á la tumba al jefe de una familia, que queda en la orfandad y en la desesperacion.

Al jóven que era una esperanza para el porvenir; que era el amor de su familia, y acaso el único apoyo de ella.

Que era un valiente soldado, un honrado artesano, un hábil ingeniero; un buen ciudadano de quien la patria podia esperar los servicios que le son debidos.

Quizá haya alguna excusa para entregarse á estos arrebatos, en las costumbres y en

la profunda y penosa impresión que deben causar ciertos hechos que llenan de vergüenza á una familia ó á un individuo. Quizá pudiera haberla en la cruel exigencia de una sociedad, que quiere para contentar el orgullo de un círculo, que se recorra por el ofensor y el ofendido la escala de los vicios, para entregar á uno ú otro, ó acaso á los dos, á un eterno remordimiento; pero nunca podrá haberla ante las reglas severas de la moral.

1.º Porque el que atenta contra el honor de otro, está obligado, según los eternos principios de la justicia, á una reparación cumplida, y lejos de humillarse con dar una satisfacción, practica un acto de justicia.

2.º Porque el ofendido después de haber recibido una satisfacción, si ella solo puede reparar el mal que recibió, no tiene derecho para exigir más.

Si el mal causado no es reparable como generalmente sucede en las cuestiones que afectan el honor, no es posible ni justo que el mismo interesado lo valúe. Este por lo

común no encuentra otro precio más que el de la sangre, no pudiendo por la pasión que lo preocupa, distinguir la parte de culpa que á él le toca, y atribuyéndose toda la justicia.

Pero para ser juez, la primera condición es la imparcialidad. ¿Podrá tenerla el que solo está respirando venganza? ¿Podrá conocer y confesar el participio culpable ó inocente que haya tenido en la ofensa que recibió?

¿Podrá conocer sus imprudencias, sus ligerezas, sus descuidos ó su excesiva confianza, y la falta de tino para dispensarla á quien fuere indigno de ella?

Porque ¡cuántas veces vemos que una acción ligera en la que solo pensamos revelar nuestro buen humor, una sonrisa, por ejemplo, una palabra al oído de un amigo, una chanza inoportuna ú otros actos en los que no nos proponemos ofender, provocan contra nosotros el odio de una persona!

¡Cuántas veces somos nosotros los mismos que orillamos, estrechamos y aun importunamos al individuo que nos ha de ofender!

¡Cuántas veces el descuido que se tiene en la educacion de una jóven, en su porte y en sus maneras, es la causa de funestas desgracias!

¡Cuántas veces las jóvenes mismas, á pesar de los buenos sentimientos que se les hayan inspirado, provocan por sus ligerezas ó por su falta de moderacion y modestia, el amor propio de un hombre que hace punto de *honor* la deshonor de las mismas!

¡Cuántas veces en estos desiguales combates en que el sér débil é inexperto, mide sus fuerzas con un enemigo superior, está dispuesto este á no abusar de su victoria, y sin embargo, no se le deja mas que la penosa alternativa de matar ó morir!

¡Cuántas veces, en fin, el poco tino para elegir amigos, la poca cordura para tratarlos, y mas qué todo, el olvido mutuo de lo que al honor y á la consideracion personal deben los hombres, los hace ponerse frente á frente, satisfecho cada uno de que en la punta de la espada lléva su *honor* y en el

fondo de su conciencia el orgullo, el crimen y el remordimiento!

Y lo mas singular es, que estos son dos hombres honrados á quienes sus respectivos amigos dan esta calificacion.

¡Quién será, pues, el criminal?

Antiguamente se creía que lo era el que sucumbia; pero ahora que la razon condena estos actos que se llamaron juicios de Dios, es necesario repetir ¿quién es el criminal? ¿quién el que queda deshonorado?

Lo antiguo por extravagante que parezca, tenia por lo ménos la lógica que se necesita para sostener la extravagancia del desafio. Aparecia con el carácter de un juicio en que uno era absuelto y otro condenado.

El honor quedaba ileso al lado del que triunfaba.

El vencido bajaba á la tumba para ocultar en ella su deshonor.

Pero ahora tenemos dos caballeros, cada uno con iguales títulos á la consideracion de sus amigos. Dos hombres que han luchado con *honor* por el honor.

¿Quién queda deshonrado? Ninguno. Ni el que cometió la acción infame, ni el que la recibió, porque los dos comprendiendo la alta estima que tiene aquel, no vacilaron en derramar su sangre para conservarlo; y como si la moralidad de las acciones dependiese del capricho de los hombres, ó que una acción mala se convierta en buena solo porque se discute en un desafío, los que en él intervienen quedan satisfechos: el acto que dió origen á aquel, no cambia de carácter, y sin variar la esencia de las cosas, sin que se remedie el mal causado, se cree haber llegado á la solución mas satisfactoria, solo porque se hizo correr alguna sangre.

Pero si esto es bastante para que una persona que ha faltado á las leyes del honor, quede rehabilitada, por graves que sean las faltas que haya cometido, la sociedad tendria que justificar estas, sancionando un crimen y aceptando esta evidente contradicción.

“La violación de las leyes del honor queda reparada con la violación de las leyes sociales y con las de la justicia.”

¿Principio absurdo que vendria á destruir los fundamentos de la sociedad!

P. ¿Segun lo que se acaba de exponer, cuál es la base mas segura del honor?

R. La virtud.

P. ¿Qué es virtud?

R. El hábito constante de conformar nuestras acciones á todo lo que es justo y generoso.

P. ¿Pues no se dice que una persona es virtuosa cuando se entrega á ciertas prácticas religiosas?

R. Esa será una virtud religiosa, muy meritoria sin duda si se practican esos actos sin afectación; pero en este tratado no se habla de ella. Háblase de la virtud en general, de ese sentimiento íntimo y universal que en todos los climas, en todos los pueblos y por todos los hombres es respetado.

P. ¿Por qué tiene ese carácter de universalidad la virtud?

R. Porque el principio fundamental de ella es la justicia, que es universal, inmutable y eterna; es decir, que no está sujeta á

cambios de ningun género, ni á las diversas opiniones de los hombres.

P. ¿Luego la idea del honor debe ser tambien invariable, supuesto que tiene un enlace tan íntimo con la virtud y la justicia?

R. Así debe ser, porque nuestras acciones no son indiferentemente buenas ó malas en el órden moral. Tienen que ser conformes á los principios primitivos de las leyes eternas de la razon y de la conciencia, ó contrarias á esos mismos principios que nunca varían, ni ceden á los tiempos, ni se acomodan á los intereses particulares. En el primer caso son buenas para todos: en el segundo malas.

P. ¿Pues cómo es que cada sociedad ha señalado diversas leyes al honor y aun origen diverso?

R. Porque se ha creído que es objeto de costumbres y no de moralidad.

Se le ha considerado como un accidente de la moda, y no como un atributo de la conciencia.

P. ¿No seria mejor que el honor fuese convencional?

R. No, porque entónces estaria sujeto á los caprichos de los pueblos, de las familias y de los individuos.

P. ¿No vemos que esto es lo que pasa en la actualidad?

R. En todos los tiempos las apariencias han engañado á los hombres y á las sociedades, y vemos que estas tributan homenaje y consideracion á quien tal vez no la merece; pero esto lo hacen en el concepto de que allí está la virtud. Si á sabiendas la profanan, nunca faltarán hombres inflexibles y severos, que del seno de esa sociedad degradada y envilecida, levanten su voz para llamarla al deber, y sobre todo la persona á quien se tributen esos homenajes inmerecidos nunca sentirá esa satisfaccion íntima, ese reposo del alma que es la recompensa de la virtud; y cada elogio que de los demas reciba, es un reproche que tiene que hacerse á sí misma.

P. ¿Cuáles son los principales atributos del honor?

R. La verdad, el valor y la justicia, porque el hombre que mancha sus labios con la mentira: el que doblega su espíritu á las pasiones: el que no da á los demas lo que les pertenece, no es digno del aprecio público ni de que se le guarden las consideraciones que solo á estas virtudes se dispensan.

P. ¿Qué males puede ocasionar la mentira cuando muchas veces se miente por pasatiempo?

R. El primero es degradar ante sus propios ojos al que la emplea, que indudablemente usa de ella, ó para excusar sus faltas ó para agravar las de otros. En el primer caso él mismo conoce aquellas y las condena, conociendo que es digno de castigo ó de reproche. En el segundo la accion es mas ruin y miserable, porque tiende á perjudicar injustamente á alguna persona.

Respecto de las mentiras que se dicen por broma ó pasatiempo, aunque no tienen los inconvenientes que acabamos de mencionar, es muy prudente huir de ellas, porque con facilidad se adquiere el hábito de mentir y

se acostumbra uno á no respetarse, ni á respetar á los demas.

Los niños sobre todo deben abstenerse absolutamente de mentir, porque no están en aptitud de conocer la importancia de lo que digan, ni las circunstancias que puedan determinar un mero pasatiempo.

Ademas, habiendo tan fecundos elementos para sostener una conversacion, para no hacer decaer la animacion, y para entregarnos á inocentes placeres y gratas conversaciones, es un recurso bien pobre y vulgar apelar á la mentira para hacernos interesantes, ó para amenizar nuestra conversacion.

P. ¿Y el valor qué importancia puede tener, cuando sus consecuencias solo pueden ser el derramamiento de sangre, la muerte ó el exterminio?

R. Si entendemos por valor la ira ó ese arrebató furioso que nos hace arremeter contra nuestros semejantes, contra los seres débiles, ó contra las poblaciones indefensas, indudablemente que no tendrá importancia y léjos de ser una virtud, será un vicio. Esto

no será valor, sino ferocidad; pero si le damos este nombre como debemos dárselo á la fortaleza del alma, que consiste en no acobardarse por los trabajos y contratiempos, en luchar constantemente contra las pasiones, en subordinar nuestra voluntad al deber, entonces serán inmensos y prodigiosos los resultados que de él obtendremos

Con él podremos resistir las agresiones injustas que se nos hagan.

Dar nuestra proteccion á los seres débiles ó desgraciados.

Cuidar del honor de nuestra familia y de nuestros intereses.

Defender nuestra patria y hasta proporcionarle dias de gloria con actos heroicos que la eleven y la engrandezcan.

P. ¿Nos será permitido usar de nuestro valor para vengar injurias personales?

R. Solo en el caso de una extrema necesidad. Cuando agredidos injustamente no podamos esperar proteccion y auxilio de la sociedad.

P. ¿Por qué?

R. Porque desde que el hombre vive en sociedad, renuncia el derecho de hacerse justicia por sí mismo; y sus intereses, su honra y su vida las ha colocado bajo la proteccion de aquella y de sus leyes.

P. ¿Pues cómo vemos que por cuestiones de honra no se ocurre ante los tribunales, sino que estas se deciden directamente por los interesados?

R. Por una extraña contradiccion con el espíritu del siglo y con los principios que profesamos. Predicamos la igualdad y queremos distinguirnos por actos que creemos ser propios de cierta clase. Predicamos la fraternidad y nos ponemos de punta en blanco ante un semejante nuestro, obligándole á morir ó á que nos mate. Predicamos la abolicion de la pena de muerte y nos erigimos en verdugos.

P. ¿Pero algunas ventajas debe traer este medio cuando lo vemos tan generalizado y aceptado por personas ilustradas?

R. Las ventajas que trae son las siguientes:

Llamar la atención pública por cuatro ó seis días.

Distraer de ocupaciones privadas, ó públicas, quizá, á cuatro ú ocho personas que con carácter misterioso y con cierto aire de importancia, intervienen en estos negocios.

Llenar de inquietud á las familias.

Sumirlas en la desesperacion, y dejar mas vacilante su reputacion, porque no habiéndose discutido con calma los hechos, no habiéndose aclarado por los medios establecidos por la ley, cada uno es dueño de pensar lo que quiera; y sucede en efecto que los amigos de uno y otro bando, los explican á su agrado, con todas las exageraciones del afecto ó la pasion.

El punto controvertido se hace mas dudoso. La cuestion mas escandalosa, á pesar de las precauciones que se aparentan tomar, porque todos tienen interés en que se sepa que han intervenido en un lance de honor.

Las personas que han motivado este, tienen que entregarse por algunos dias al retiro, ó al aislamiento, lo que prueba que se mor-

tifican ó se ruborizan de presentarse ante la sociedad.

Quizá llevan tambien el remordimiento en su conciencia, y entónces todo acabó para ellas, ó protestan con un eterno duelo contra la barbarie de semejantes actos.

La opinion pública, en fin, que no se inspira en los salones, ni en ciertos grupos, sino en la conciencia de todos los individuos de la sociedad, ve con horror el ultraje que á esta se hace, declara sus simpatías en favor de la víctima, y á lo sumo tiene miradas de recelo ó desconfianza para el vencedor.

Este á su vez no puede apartar de su frente el estigma que lo denuncia con el nombre de homicida; ni dejará de ver en sus horas de recogimiento el fantasma ensangrentado del que quizá por mucho tiempo fué su amigo.

P. ¿Qué remedio nos queda para evitar tanto mal?

R. Ser extremadamente justos.

Dar á cada uno lo que es suyo.

A la justicia sus atributos.

A la sociedad sus prerogativas. Al individuo las consideraciones que se merezca, y el mas profundo respeto á sus derechos.

Como este tratado está exclusivamente dedicado á la juventud que ha de venir á reemplazar á la presente generacion, tócale á ella ejercitarse desde sus primeros años, y ántes que se vicie su corazon, en la práctica de los deberes que le inspiren el amor y el respeto á todos los individuos de la especie humana; adquiriendo con tiempo conocimientos que le señalen el límite de sus facultades y sus derechos, y acostumbrarse muy especialmente á la obediencia á las leyes, para no interrumpir la armonía del órden social, ni violar los preceptos de la ley natural.

CAPITULO III.

VIDA.

La vida es uno de los mas ricos dones con que la munificencia del Creador quiso regalar á la criatura.

Todos la aman y procuran conservarla, pues aunque algunas veces se ve, que contrariando el instinto de conservacion que se revela hasta en los brutos, algunos hombres atentan contra su existencia, el número de estos seres desgraciados es muy corto, y desaparece ante la inmensa cifra de la especie humana que tiende á su conservacion y propagacion.

Son ademas, muy excepcionales las cir-